

dividualmente, no reproduciéndose en sus personajes, sino más bien pintándolos de la misma naturaleza humana que ellos son, con las diferencias proporcionales que combinan según las conveniencias. Por eso los grandes genios dramáticos deben unir todos los elementos del alma humana *en su más alto grado, pero en las mismas proporciones* del común de los hombres; deben poseer un equilibrio medio entre dosis máximas de imaginación, de sensibilidad y de razón. Ahora bien; supongamos una naturaleza muy lírica, es decir, un poco singular, excepcional, en la cual los elementos del alma humana se combinan en proporciones diferentes de las ordinarias; en la cual, por ejemplo, la imaginación es doble ó triple, la razón menor ó desigual, la lógica tenaz y sutil, la sensibilidad violenta, no produciéndose nunca más que en el estado heroico de la pasión sin llenar dulcemente los intervalos. Con tal naturaleza de poeta lírico, no poseyendo la medida justa, la medida *médica* del alma humana, el genio se engañará en las proporciones de los caracteres y no logrará ponerlos en relación natural de terror ó de piedad con las impresiones generales. Esto es lo que sucede con los dramas de un ilustre contemporáneo nuestro (1). La base humana sobre la cual se elevan las pasiones de sus personajes no parece la misma para el poeta y los espectadores. En el género lírico, no hablando más que en su nombre, todas sus singularidades pueden no ser otra cosa que rasgos de carácter que se admiten y aún se admiran.

Molière se ajustaba al público sin que dejara por eso de ser tan buen director, tan excelente actor, como admirable poeta. Amaba el teatro, las tablas, el público; era celoso de sus prerogativas de director y gustaba de arengar en ciertos casos solemnes ó intervenir en las tempestades del patio. Con una arenga dominó la que levantaron un día los mosqueteros furiosos porque les habían suprimido las entradas. Como actor, convienen todos sus contemporáneos en reconocerle una gran perfección en el género cómico; pero una perfección adquirida á fuerza de observación, estudio y voluntad. « La naturaleza, dice la Poisson, le había negado los dones exteriores tan necesarios en la escena, sobre todo en los papeles trágicos. Una voz sorda con inflexiones duras, una volubilidad de lengua que precipitaba demasiado su de-

(1) El autor se refiere á Victor Hugo.

clamación, le hacían muy inferior, en este concepto, á los actores del hotel Borgoña. Pero el gran Molière se hizo justicia encerrándose en el género en que sus defectos eran soportables. Hizo grandes esfuerzos por corregirse; y no se corrigió de su volubilidad, tan contraria á la buena articulación, sino á costa de continuados esfuerzos que le causaron un hipo del que sacaba partido en ciertas ocasiones y que conservó hasta su muerte. Para variar sus inflexiones usó, ántes que nadie, ciertos inusitados tonos que le valieron la acusación de afectado, pero á los cuales se fué acostumbrando el público. » Todos los contemporáneos, De Visé, Segrais, están unánimes en reconocer el éxito prodigioso obtenido por Molière desde que consintió en quitarse la corona trágica de laurel que era su flaco. En el tomo I.º de los *Hombres ilustres* de Perrault, el artículo de Molière termina con el siguiente elogio: « Reunió en sí todos los talentos que necesita un actor. Fué excelente en lo cómico, aunque mediano en lo serio; después de su muerte no ha podido ser imitado sino imperfectamente en los papeles que representaba. Tenía también el arte de vestir á los actores dándoles su carácter verdadero y el don de distribuir tan bien los personajes y ensayarlos tan perfectamente, que no parecían actores de comedia sino las personas que representaban. »

Molière, como Talma, era suntuoso en su modo de vivir. Tenía treinta mil libras de renta y las gastaba ampliamente en recepciones, beneficios y liberalidades; no vivía á lo Corneille. Habitaba, en la última parte de su vida, una casa de la calle Richelieu hacia el número 34 de hoy.

Molière á los cuarenta años, en el colmo del arte y de la gloria, protegido por el rey, buscado por los príncipes y por los grandes, yendo á casa de La Rochefoucauld á leer *Las mujeres sabias* y á casa del cardenal de Retz á leer el *Bourgeois gentilhomme*, aparte de sus discordias domésticas ¿era feliz en la vida? ¿Estaba á lo ménos satisfecho de su posición según el mundo? Se puede afirmar que no. Atenuado ó disfrazado el hecho con las reservas imaginables; no obstante el brillo del talento y del favor había en la condición de Molière algo que le haría sufrir. Todos reían con sus comedias, pero no todos le estimaban; él mismo conocía que le faltaba cierta consideración seria y elevada: el comediante perjudicaba al poeta. Muchas gentes le tomaban por el mejor



motivo de divertimento. Se le llevaba á casa del *buen cardenal* para que le divirtiera. Chappelle le llamaba *grande hombre*; pero los demas amigos y Boileau el primero, deploraban lo que en él habia de bufon. Despues de su muerte negábale De Visé en una carta á Grimarest el tratamiento de *monsieur*. En su mismo entierro, una mujer del pueblo á quien preguntaron quién era el muerto contestó: « *ese Molière.* » Otra mujer que oyó esto desde su ventana replicó: « ¡ miserable, bastante señor es para ti! Á Molière, tan perspicaz como era, no se le escaparían mil circunstancias que devoraba con desprecio. Ciertos honores debían saberle mal y satisfacerle poco, por ejemplo, el *honor* de hacer en calidad de sirviente la cama de Luis XIV. Vauvenargues, en su diálogo de Molière con un jóven que le consultaba, hace decir al poeta-comediante de una manera sentida algo que revela cuán bien conocia lo incompleto de su posicion. Debió Vauvenargues esta idea del diálogo á una conversacion real de Molière, referida por Grimarest, en la que el poeta disuadía á un jóven de entrar en el teatro por el que sentia notable vocacion.

Diez meses ántes de morir se reunió Molière á su mujer por la mediacion de sus amigos. El cambio de régimen que le ocasionó su vuelta á la vida conyugal aumentó su irritacion de pecho. El 17 de Febrero de 1673, á las diez de la noche, una hora despues de dejar el teatro en el que habia representado *El enfermo imaginario*, falleció en su casa á la edad de 51 años, un mes y dos ó tres dias. El cura de su parroquia, la de San Eustaquio, le rehusó la sepultura eclesiástica por no haberse reconciliado con la Iglesia ántes de morir. La viuda corrió á Versalles, se echó á los piés del rey, pidió tierra cristiana para su marido... Todo fué inútil. El rey protegía al actor sin rival y gran poeta cuando podia divertirle; muerto ya no podia procurarle diversiones. El gran monarca despidió bruscamente á la viuda y á un sacerdote que la acompañaba (el cura de Auteuil). En esta circunstancia se reveló una vez más el repugnante, el incurable, el inmenso egoísmo de Luis XIV, grande á la ménos por el egoísmo.

Al entierro de Molière fueron doscientas personas, poco más ó ménos, con hachas encendidas; se le enterró por fin en el cementerio de San José, calle de Montmartre, pero no se permitió que entrara el cadáver en el templo. Una multitud fanatizada se reunió el dia del entierro, en

actitud hostil, en torno de la casa mortuoria; pero la multitud se disipó repartiéndole un poco de dinero.

Despues ha brillado más que en vida la fama de Molière. El siglo XVIII hizo más que confirmarla, pues la proclamó con una especie de orgullo. No se oyeron en contra durante el siglo de la Enciclopedia más que las reclamaciones morales de Juan Jacobo y las reservas de Thomas (el amigo de madama Necker) en favor de *Las mujeres sábias*. Guingéné ha publicado un folleto para presentar á Rabelais como predecesor de la Revolucion; sobre Molière inútil sería probarlo. Todos los abusos, todas las preocupaciones, pasaron por su mano. Como instrumento de circunstancia, no fué más eficaz el mismo Beaumarchais; el *Tartufo*, ántes del 89, hablaba tan claro como *Figaro*. Desde 1794 hasta 1800 hubo para Molière un momento de señalado triunfo, tanto por el espíritu filosófico entónces reinante y satisfecho, como por los trasportes del público y por la excelencia de los comediantes encargados de interpretar las piezas cómicas. Cerrado el período revolucionario y restablecidas por Napoleon las antiguallas ridiculizadas por Molière, el mismo Napoleon le rindió un singular y tácito homenaje: al restablecer los príncipes, los duques, los condes y los barones, desesperó de los marqueses; delante de Mascarilla se detuvo la voluntad imperial. Nuestro siglo se ha servido algun tiempo de esta gloria como de un auxiliar, ya como arma defensiva, ya como piqueta demoledora. Pero al fin la ha comprendido mejor y la respeta más, juzgándola en conjunto, comparándola, segun la filosofía del arte, con las glorias de otras naciones vecinas. El genio de Molière es uno de los ornamentos, una de las glorias de la humanidad. Ha dicho La Rochefoucauld en su ingenioso estilo, que la ausencia extingue las pasiones pequeñas y hace crecer las grandes; lo mismo puede decirse de las reputaciones y las glorias: con la distancia se abisman las pequeñas, se miden y se completan las grandes. Pero aún entre las grandes las hay que duran y que sobreviven, las hay que apenas subsisten en la memoria humana. Las obras de Molière son de las subsistentes; en su provecho redundarán todas las posibles conquistas de las nuevas civilizaciones. Cuanto más crezca y se extienda detras de nosotros el mar insondable del olvido más altos flotarán los vestigios de Molière; una ola eterna los reconducirá á las playas de las generaciones sucesivas.



En el provenir se pueden multiplicar los libros, las reputaciones y los genios; las civilizaciones se pueden transformar; pero hay cinco ó seis grandes obras que pertenecen al pensamiento humano. Cada hombre que sepa leer será para Molière un lector más.